

rían más que un ruido vano y estéril, ni yo las creería, como vos tampoco las creéis. ¿En nombre de qué quisiérais persuadirme? ¿En nombre del orgullo? No creéis en él. ¿En nombre de Dios? ¡Desgraciada! Tampoco creéis en él. ¿Qué puede ser la grandeza humana cuando Dios y el orgullo nos abandonan, no dejándonos otra cosa que tinieblas? Una cosa sin sentido, una estupidez indecible, y en vuestra boca una cosa todavía peor: una irrisión que no se puede tolerar.

—Decís bien,—respondió la Condesa.

Y cayó abrumada, hundiendo la cabeza en las almohadas, con la cara y el cuello cubiertos por sus cabellos pegados á la piel, como el naufrago sale del agua después de haber luchado con la muerte desesperadamente.

—Tened (añadió haciendo un violento esfuerzo, con un acento cavernoso, más lúgubre aún por la falta de timbre, arrancándose á su hija del pecho con rabia, y arrojándola á los pies de la cama). Y puesto que ya no soy nada para vos, ¡que hasta esa piedad cruel sea maldita! ¡Marchaos, y dejadme morir!....

## XX.

Pero Allán no obedeció, ni aquella noche ni las siguientes, la orden desesperada de la señora de Scudemor, ni ésta volvió á repetirla. Le dejó velar á su cabecera, administrarla de vez en cuando alguna bebida calmante, y ayudarla algunas veces á moverse en su lecho, que había llegado á ser un tormento. Cuidados físicos que pagaba con un «gracias» dulce y frío, pero que no la sacaban de su silencio. Mas ¿qué hubiera podido decirle? Entre ellos todo estaba ya dicho, y sus palabras habían caído sobre su corazón como la pesada losa de un sepulcro. Por otro lado, tal vez los crueles dolores que sufría eran la causa de su ensimismamiento, pues en las almas de cierto temple todos los dolores, aun los menos nobles, le producen.

El mal se agravaba cada vez más. El médico había hablado con Camila de sus fúnebres previsiones, y ésta no se daba cuenta de la enfermedad que hacía morir á su madre, por más que veía muy claro que iba á morir.

Una tarde la besó, con ese respeto tierno que nos imponen los moribundos, la mano fría y descarnada que tenía fuera de la ropa, y se retiró á su cuarto, accediendo á los deseos de Allán, que tenía el presentimiento de que aquella noche sería la última que tendría que velar cerca de la moribunda, pues ésta presentaba todos los síntomas de una muerte próxima.

El aire de la habitación era asfixiante por el olor á fiebre, y temiendo que fuera perjudicial á la delicada flor que á él estaba expuesta hacía algunos días, y que la pobre niña respiraba penosamente por lo dañoso que era para sus tiernos pulmones el encontrarse debajo de la cubierta del lecho de su madre, la arrancó de allí y la llevó cerca de la ventana, abierta la cual, el perfume de los jazmines amarillos llenó la atmósfera.

La campiña estaba deliciosa: hubiérase oído el ruido que producen las estrellas al moverse en el espacio, si sus movimientos no fuesen tan silenciosos como un pensamiento feliz. Era una noche plácida, capaz de hacer creer en la eternidad de las cosas, y Allán parecía querer sacar vida para aquella frágil niña en aquel reservorio del Eterno, en aquel bello lago azul en que se sumergía toda la creación adormecida, y la niña, rodeada de jazmines y sostenida en el musculoso pecho de su padre, recibía á torrentes en

su cabeza y en sus hombros un bautismo de fuerza y de vida en aquellas ondas misteriosas que, sin ser vistas, caen del cielo.

Cuando estaba entretenido haciendo á su hija aspirar el embalsamado perfume de los jazmines que rodeaban la ventana, oyó la voz de Iseult, que le llamaba á su lado, y se acercó á ella, sorprendido de que hubiera recobrado un conocimiento que creía perdido para siempre. La enferma se había levantado, apoyándose sobre un codo, postura en que se asemejaba á un convidado del tiempo de los romanos, que, hastiado ya del festín, se prepara á abandonarlo.

—Allán, escuchadme (le dijo): sé que voy á morir; y como muchos hombres creen que la voluntad de un moribundo es sagrada, si lo creéis también, escuchadme. No déis mi nombre á mi hija; no quiero que, muerta yo, quede recuerdo alguno sobre la tierra, ni quiero que nunca le habléis de su madre: y esta petición no os la hago por mí, sino por ella. ¡Qué me importa que mi hija me desprecie, si su desprecio no podrá ser nunca tan grande como el mío! Pero por ella, en nombre de Dios, si tenéis la felicidad de creer en él, no la hagáis nunca ruborizarse y sufrir hablándola de mí.

—¡Qué abismo tan insondable sois! (exclamó Allán, tomándole la mano que ella le tendía.) ¡Ah, Iseult, Iseult! Mujer cuya vida ha sido un

continuado sacrificio, ¿quién puede en el mundo tener derecho para despreciaros?

—Yo misma (contestó ella, con una voz que tenía un vigor inusitado). La proximidad de la muerte derrama un resplandor inesperado en todo lo que ya no es, y que hasta este momento se ha juzgado mal. Hace tres días que me creéis desvanecida, cuando estaba repasando en mi interior mi vida entera, no concediéndome gracia alguna en este examen. No hay uno solo de los hechos de toda mi miserable existencia que pueda librarse de mi desprecio. En vano me he sacrificado siempre, tanto durante el amor como después de él; en vano he sido buena cuando no podía ser ya amante, puesto que no era solamente esa bondad instintiva la que decidía mis resoluciones. ¡Ah! Es indudable que hay alguna cosa más perfecta que estos sacrificios, puesto que no sirven ni aun para absolverlos á nuestros propios ojos.

Detúvose un momento como rendida por el cansancio que le ocasionaba hablar tanto tiempo, y luego continuó:

—¿Cómo se llama ese objeto que buscamos con tanto afán, y que, cuando después de haberle esperado tanto tiempo creemos haberle conseguido, se desvanece? ¿Es una ironía de la suerte? ¿Es un castigo de la Providencia? Pero estoy blasfemando: hay un mundo de pecadores

(como dicen los que son creyentes), reconciliados consigo mismos; almas que creen en lo íntimo de su corazón que han sido perdonadas; criaturas tranquilas refugiadas en la lealtad de sus intenciones. Si las hay, un día pude contar-me entre ellas, cuando la piedad me arrastraba como el amor lo había hecho, cuando inmolaba mi orgullo cada vez que había un dolor que calmar. He conocido esta paz que me abandona.... y al verla huir de mí, me hace sospechar que la muerte me ha herido con una nueva imbecilidad.

Una nueva pausa suspendió su discurso; mientras tanto, Allán tenía su mano cogida entre las suyas, y leía en su alma á través de sus miradas.

—¡Oh, Allán! (prosiguió.) Hay misterios en los que el pensamiento del hombre ha podido profundizar, pero de los cuales no se ocupa la mujer, y por tanto no ha descubierto ni aprendido nada de ellos. He pasado por encima de ese océano de la vida, en cuyas aguas he bebido el agua y la sal, pero en el que nunca he procurado echar las redes, porque sabía que del fondo de sus abismos nunca podría sacar ni una alegría ni una esperanza. Ignoro lo que hay del otro lado de la tumba; pero no creais que me impone. Únicamente en este instante mi piedad me parece tan exigua y mala como grande y

buena me parecía en otro tiempo. ¿Por qué me parece despreciable ese instinto irresistible que tanto tiempo he creído generoso? ¿Por qué reniego de él en mis últimos momentos?... ¡Ah! Tengo aún bastante firmeza de alma para repeler el insulto con que el mundo responde á las intenciones más puras. Que me llamen, si quieren, prostituta; nada me importa, y aceptaré sin esfuerzo esa palabra sangrienta que resume mi vida. ¿Por qué razón desprecio yo ahora mi piedad y reniego de ella? ¡Ah! Si en lugar de morir, como voy á hacerlo, tuviera que comenzar á vivir, ¿qué me restaría sin mi piedad? ¡Qué cosa más amarga es la ignorancia! ¡No creer ya en lo que nos servía de norte en la vida, buscar en vano otro motivo en las tinieblas de la conciencia muda, y castigarse con el remordimiento y el frío desprecio por no haber sabido encontrar lo que se buscaba!

El dolor de Iseult, aunque extraviado, era casi sagrado y la hacía muy superior á ella misma. Allán recordaba el tiempo en que la había considerado como una criatura genial, y veía á qué se reducía la superioridad de aquella mujer, que nunca había tenido más que facultades sensibles y que siempre había sido víctima, lo mismo en el amor que en la felicidad.

Ese algo que no comprendía Iseult lo entendía él muy bien.... Se daba cuenta en aquel mo-

mento solemne, como por una intuición repentina, de cuál debe ser la austeridad de la existencia, y de esa manera el hombre volvía á ocupar su sitio, mientras la mujer moría en el suyo.

Estrechábala en silencio su mano descarnada, y deseaba que la muerte, cuyas señales estaban ya tan marcadas, concluyese con aquellos terribles sufrimientos morales, para los cuales no había alivio posible.

La Condesa, en el seno de aquella cruel agonía, encontró todavía fuerzas para seguir diciendo con voz cada vez más opaca:

—Pues bien; si reviviera, esta piedad, dos veces maldita, inútil para los en quien se ha empleado y vacía del más simple deber para los que la han experimentado, esta piedad no me abandonaría, y volvería á obedecerla, á riesgo de volver á incurrir en mi desprecio. Sí; Dios me diría: «He ahí el fin que ignoras,» y en su misericordia infinita le pondría al alcance de mi mano, y no le escucharía, precipitándome como una loca en esa piedad, que no es siquiera una virtud, y que sin embargo es la única que yo he tenido. ¡Oh, mujeres! ¿Qué es lo que somos cuando no nos corregimos de nuestras debilidades? ¡Nos despreciamos por nuestras obras, y volvemos á repetir las siempre!....

Su voz se perdió en estas últimas palabras, quedando sin respiración.... El silencio exterior

invadió la habitación; la misma niña dormía un sueño tranquilo encima del sofá. Allán, de pie al lado del lecho fúnebre, parecía un sacerdote; pero hay almas á las que no se puede ayudar, y para las cuales todas las religiones humanas, amor, amistad, respeto, recuerdo, son impotentes, como la misma religión de Dios.

Tan pronto fijaba sus miradas en aquella cabeza lívida en que se presentaban las señales de una próxima descomposición, como las separaba de la moribunda; y como para purificarlas, las elevaba hacia el cielo, que se veía á través de las ventanas, y que se ostentaba de un azul puro y brillante tachonado de millares de estrellas, y en aquel momento comprendía admirablemente el culto del Omnipotente é Invisible.

Iseult, aunque se hallaba echada del lado de la ventana, no volvió ni una sola vez los ojos hacia aquel cielo tan bello, no; moría sin poesía, como había vivido, sin advertir que en el mundo existe una naturaleza que se puede amar cuando el corazón agostado es incapaz de dar cabida á ningún otro amor.

De repente, á través del espacio inmenso y diáfano, se oyó la campana del reloj de la parroquia de Ifs, que estaba próxima, dando las doce de la noche, y al mismo tiempo que la última campanada resonaba y se extinguía en el aire amortiguado de la noche, que carecía de

eco, empujada por alguna vaga inquietud, tal vez por la fatalidad, Camila entró en la habitación de su madre. ¿Era que el presentimiento de aquella agonía había turbado su sueño?...

Al verla entrar Allán, no sintió estremecerse un sólo músculo. Su mirada, que vagaba del lecho de la moribunda al firmamento, se dirigió á Camila, quedando fija sobre ella, sin sentir la más mínima emoción y permaneciendo sereno, como lo había estado durante toda su vida la mujer que moría por él. Por primera vez se sintió fuerte contra su terrible destino, y dulce como el alma que acepta el sacrificio.

Pero Camila apenas había reparado en él. Desde el umbral de la puerta se había fijado su mirada en la niña, que dormía entre los pliegues guateados de su capa de satén rosa, asemejándose á un amorcillo griego abriendo su concha de nácar para salir de ella.

Arrojó un grito desgarrador, se precipitó como una pantera al lecho de su madre, y cogiéndola con las dos manos por sus largos cabellos, la levantó de la cama, á pesar de los esfuerzos de Allán para que soltase su presa, y designando al niño que dormía:

—¡Si no has muerto, Iseult (aulló la impía), respóndeme! ¿De quién es este niño?

El dolor que la desesperada Camila le causaba no arrancó á la Condesa ni un gemido. Abrió

los ojos, y mirándola sin cólera, pero sin amor, respondió :

—¡ Mío!

—¿ Y de quién más, mujer falsa?—volvió á preguntar en el colmo de la exasperación aquella celosa engañada.

Iseult, que espiraba, tuvo bastante fuerza para pronunciar distintamente el nombre de uno de sus criados.

—No es cierto (dijo Allán con una voz melodiosa como un suspiro). Habéis adivinado, Camila. Ese niño es mío.

Al oír esta confesión de su marido, la desgraciada cayó como una masa sin conocimiento sobre la alfombra. Pero sus manos, que se hallaban enredadas en los cabellos de su madre, arrastraron al caer la débil cabeza de Iseult, haciéndola salir del lecho é inclinarse hacia el suelo. Allán trató de desenredarlos, pero no pudo conseguirlo, viéndose obligado á cortarlos con unas tijeras. En el momento en que la colocaba otra vez sobre las almohadas, le dijo la Condesa:

—Acudid á ella antes que....

Palabras casi ininteligibles, que no le fué posible concluir.

Entonces, después de haber levantado á la que espiraba, acudió á ayudar á la que sólo estaba desmayada.

Camila recobró pronto el conocimiento, y

cuando volvió á abrir los ojos, y vió á su marido de pié cerca de ella, la sábana cubriendo el cadáver de Iseult, y los cabellos cortados esparcidos por la alfombra, fué presa de una amargura indecible....

—¡ Ay! ¡ Ya no me amabas (dijo á su marido con profunda agonía); pero ahora vas á aborrecerme!....

Y rompió á llorar desesperadamente.

Él no la respondió una palabra, pero la dió un beso en la frente, lo que fué para ella un tremendo castigo. Después volvió al lecho de la Condesa, se sentó á su lado, y continuó velando. No dijo á su mujer que se fuera, ni ella se movió del sitio en que estaba.

La lámpara se apagó, y el resto de la noche transcurrió lúgubre y silenciosa, sin tener movimiento alguno.

Cuando apuntaba el día, la niña, despierta, lloraba en su envoltura, y Camila, doblada completamente en el mismo sitio en que Allán la había colocado cuando la levantó del suelo, proseguía sumida en su estúpido insomnio, sin moverse, y sin oír el llanto de la criatura; pero las entrañas de su padre no fueron sordas.

Se levantó, cogió á la pobre criatura, que se desesperaba buscando el pecho sin encontrarlo, y salió con ella de la habitación malsana en que su madre había cesado de vivir....

Camila le siguió silenciosa, con la cabeza baja, volviendo á pasar anonadada y confundida el umbral que poco antes había franqueado rápida y terrible.

¡Qué pocas horas habían bastado para efectuar este cambio!

## EPÍLOGO.

ALLÁN DE CYNTHRY Á ANDRÉS D'ALBANY.

«Los Sauces...

»Querido Andrés : Vos sabéis toda mi historia, y servirá para haceros comprender lo que era y lo que he llegado á ser, y servirá también para instruiros en el carácter y la posición de vuestro amigo. Me lo habéis preguntado con franqueza, y os lo refiero con la misma que me habéis demostrado siempre. Por vos he vencido la repugnancia que causa siempre el hablar de una época de la vida en que se ha sido débil y culpable, y yo fui deplorablemente lo uno y lo otro. Pero yo no tengo mucho en cuenta, amigo mío, las repugnancias de la vanidad, porque creo que de todas maneras debemos nuestra vida á los demás hombres. ¿Quién sabe si en la vida más oscura, y en la más inútil en apariencia, no habrá puesto Dios alguna enseñanza grande y misteriosa ?